

Lluís Aguiló

PARÁLISIS

POR AGITACIÓN

CAPITALISMO, CATATONIA
Y PRESENTE SECUESTRADO





© Lluís Aguiló, 2026
© Epílogo: Adrià Porta Caballé, 2026
© Cubierta: Sílvia Clotet Vidal

De la corrección: Rosa Julve

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Ned ediciones, 2026

Primera edición: marzo, 2026

Preimpresión: Moelmo SCP
www.moelmo.com

ISBN: 979-13-87967-05-5
Depósito legal: B 1790-2026

Impreso en Podiprint
Printed in Spain

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Ned Ediciones
www.nedediciones.com

ÍNDICE

1. Parálisis agitante.....	9
2. 7 de julio de 1962.....	23
3. La fuga nostálgica.....	41
4. Elige de nuevo y elige mejor.....	55
5. El fantasma de la autoexplotación.....	67
6. Salida a la servidumbre voluntaria.....	83
7. Dentro y contra la catatonia.....	97
 Epílogo: Un correccaminos ante el vacío, de Adrià Porta Caballé.....	 111
Bibliografía.....	121

*A Marina, Adrià y a mi padre, porque nunca se piensa
solo en una habitación calentada por una estufa.*

1. PARÁLISIS AGITANTE

La catatonia es «ese afecto es demasiado fuerte para mí», y la fulguración, «la fuerza de este afecto me arrastra».

Deleuze y Guattari, *Mil mesetas*

La impotencia contemporánea comparte con los estados hipnóticos la catatonia, por supuesto; pero, sobre todo, el sentimiento de plenitud desbordante que es causa y soporte de la catatonia.

Paolo Virno, *Sobre la impotencia*

No vivimos encerrados en ningún presente perpetuo, sino en un tiempo contraído entre los pendientes y los posibles.

Amador Fernández-Savater, *Capitalismo libidinal*

En el año 1926, Rose R. sueña que está encerrada en un castillo inaccesible que tiene la forma de su propio cuerpo. Sueña con hechizos y que el mundo se ha detenido, sueña con una muerte que es diferente a la muerte, sueña que se convierte en una estatua de piedra que vive y siente. Sin duda, se podría concluir que se trata

de un sueño premonitorio: la joven Rose de veintiún años ve lo que vendrá. Y, sin embargo, si seguimos a Freud, no podemos aceptar que los sueños sean ni simples producciones de estímulos externos ni, tampoco, premoniciones.¹ La avalancha de sueños de Rose no es fruto de un conjunto de estimulaciones sensoriales, ni una premonición, sino que es el comienzo de la enfermedad. Si nos mantenemos en el ámbito freudiano, el sueño de Rose es un «sueño de angustia», un sueño que, tal vez, nació a raíz de una intuición diurna —el hormigueo en una mano que anticipaba la enfermedad—, pero que se veía reforzado con un deseo inconsciente: es mejor enfermar que pensar en enfermar. Rose prefería acabar con la duda y enfermar realmente para, de este modo, reducir todas las tensiones que genera la mera posibilidad de morir. Cierta pulsión de muerte. Así, el sueño trata la angustia del devenir de su propio cuerpo, un cuerpo que, poco después, permanecerá inmóvil como los cimientos de un castillo milenario. Y, a pesar de todo, lo más relevante no es la naturaleza angustiante del sueño, sino la imagen que presenta de la enfermedad de Rose.

Su *castillo-cuerpo* no es el castillo del *Drácula* de Bram Stoker, donde el joven abogado será acogido calurosamente por un grupo de vampiros, hasta quedar atrapado entre las zarpas del famoso conde. Tampoco es el castillo de vampiros de Mark Fisher, que busca acoger y apropiarse de todo aquello que hay fuera para someterlo al inmovilismo actual —individualizar las personas,

1. Sigmund Freud, *La interpretación de los sueños* (vol. 1), Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2019.

crear dificultades barrocas para la práctica, etcétera—. ² El castillo de Rose no es ni un lugar acogedor que, en realidad, contiene el mal, ni el laberinto donde se desarticulan los argumentos de clase en la sociedad contemporánea. Más bien, es el *cuerpo paralizado*. El castillo es su cuerpo —¡cada cual vive en su castillo!— actualizando aquella antigua doctrina del cuerpo como prisión del alma. A diferencia del *soma-sema* utilizado por Platón para justificar la teoría de las almas en el *Fedro*, el castillo-cuerpo de Rose no es una carencia de visión del mundo inteligible. ³ No se trata de que Rose se vea abocada a la vida terrenal y sea incapaz de salir de la caverna, sino que es como una matrioska: una prisión dentro de la prisión. De hecho, el castillo-cuerpo de los sueños de Rose es un lugar cerrado —sin puertas ni ventanas, como le gustaba decir a Leibniz— donde la carne y los huesos se han convertido en piedras y, por tanto, ha quedado inmovilizado.

En 1935, Rose ingresa en el hospital Monte Carmelo de Nueva York donde, durante los años posteriores al ingreso, se forma el grupo de pacientes afectados por encefalitis letárgica que, como estatuas de piedra, irán llenando los pasillos y las salas de aquel asilo. En 1966, una enfermera explicaba a Oliver Sacks que, a pesar de que Rose hacía treinta años que estaba allí, prácticamente no había envejecido. Desde su silla de ruedas, la bella durmiente parecía observar el mundo, como si estuviera a punto de decir algo o de recordar cualquier cosa. La carne se había vuelto pétrea y, mientras se mantenía rígida e inmóvil, parecía que tuvie-

2. Mark Fisher, «Salir del castillo de vampiros», en *K-Punk - Volumen 3. Escritos reunidos e inéditos (reflexiones, «Comunismo ácido» y entrevistas)*, Caja Negra, Buenos Aires, 2021, págs. 109-111.

3. Platón, «Fedro», en *Diálogos III*, Gredos, Madrid, 1988.

ra poco más de treinta años cuando, en realidad, ya había superado los sesenta. Sin entrar a valorar ningún tipo de tratamiento contra el envejecimiento, Rose vivía en su castillo de carne y huesos y su postura conservaba el cuerpo más allá del evidente paso del tiempo. Afectada por una acinesia —falta de movimiento o incapacidad para realizar movimientos voluntarios—, Rose había señalado con su sueño, no una simple premonición, sino la imagen que permitía a Sacks adentrarse entre aquel mar de cuerpos catatónicos: los pacientes del Monte Carmelo eran castillos, cuerpos que se habían convertido en estatuas.

En los primeros momentos, la encefalitis letárgica que afectaba a Rose se presentaba como insomnio o como somnolencia, como un movimiento sincopado o parálisis, es decir, siempre mediante grandes oposiciones que, poco más o menos, acababan produciendo un estado catatónico. Y de este modo, una avalancha de nomenclatura médica servía para explicar la vida de aquellos pacientes: la catalepsia, la abulia, la pérdida de las facultades motrices voluntarias, la estereotipia verbal o el mutismo eran solo algunos de los síntomas que los conducían a permanecer encerrados en su propio castillo. A pesar de que muchos de los que contrajeron la enfermedad murieron poco después, los casos que presentaba Sacks en su libro *Despertares* eran los casos de los supervivientes y, por lo tanto, de los olvidados.⁴ Todos los pacientes de Sacks llevaban años con parkinsonismo, parecido a un síndrome catatónico: rígidos y sin aparente sensibilidad, algunos podían susurrar, otros no, algunos movían los ojos, otros fijaban la mirada al infinito y todos parecían muertos en vida.

4. Oliver Sacks, *Despertares*, Anagrama, Barcelona, 2021.